

—¿Quién la ha convidado?

—Nuestra madre.

—¿Y dónde está?

—Se ha ido con Francisco por un camino de travesía.

—¿Solos?

—Sí, solos: ten cuidado, porque, aunque rústica, no es fea, y tu novio le ha sorbido completamente el seso.

Lucrecia, al oír estas palabras, sonrió desdeñosamente; pero en aquella sonrisa había un tinte de dolor que decía muy claro que había quedado clavado en su alma el dardo emponzoñado de los celos.

En efecto, aquella joven tan noble, tan rica, tan hermosa, tan soberbia, amaba á su primo con una pasión ardorosa, exclusiva y fuerte: aunque había coqueteado con muchos jóvenes de la grandeza, el Conde de Montilla era su primero y único amor, y nada conocía que pudiese reemplazarle en su corazón.

Con el pretexto de acercarse al coche en que venían su madre y sus ancianos amigos, hizo volver su caballo; pero un observador inteligente hubiera visto que era para ocultar una lágrima.

Luego dió un brioso latigazo en las ancas de su jaca, y partió al galope por el camino que conducía al soto, y que era el único que, á su parecer, podían haber tomado Francisco y Carolina.

## CAPÍTULO VIII

### Seducción.

Era una de las más bellas mañanas del mes de Junio: la tierra abría su seno á las emanaciones de la primavera, y la naturaleza entera sonreía y hablaba de amor.

Brillaba el sol espléndido por detrás de un alto monte que se levantaba frente á los viajeros, y los pájaros entonaban himnos de gratitud á la estación de las flores y de los perfumes.

El Conde y la esposa de Bernardo seguían al paso un ancho sendero: la joven guardaba silencio; tenía el pecho oprimido, temblaba, y sus mejillas estaban encendidas como las amapolas que bordaban los campos de trigo que se extendían á orillas del sendero.

El Conde iba muy sereno: gozábbase, como sucede comúnmente á todos los hombres colocados en igualdad de circunstancias, en el dominio que ejercía sobre aquella hermosa joven que tenía el poderoso aliciente de pertenecer á otro, y creía buenamente que aquel pecadillo era venial y no

podía ofender á Lucrecia, á quien amaba por la convicción de que era para él un excelente partido y una mujer que todos le envidiarían por su hermosura y su opulencia.

Francisco fué el primero que rompió el silencio, cuando le pareció que la distancia que los separaba de los demás convidados era ya bastante para empezar á divertirse con aquella niña romántica y exaltada.

—¡Cuán dichoso soy esta mañana, amiga mía! murmuró á media voz, aproximando cuanto pudo su caballo al potro de Carolina.

Esta levantó sus bellos ojos hasta el semblante del Conde: el acento de éste había sido dulce, vibrante, sumiso, y había llegado hasta su corazón.

Una coqueta hubiera respondido con una carcajada: Carolina se estremeció, y sólo pudo repetir, volviendo á bajar sus largos párpados, guarnecidos de luengas pestañas:

—¿Feliz?...

—Sí, muy feliz, Carolina, respondió el Conde; hay en torno de V. yo no sé qué atracción magnética que me confunde y me embriaga: es usted una de esas criaturas privilegiadas, mitad mujeres, mitad ángeles, que embellecen cuanto las rodea y cuanto tocan... ¡jamás he sentido lo que siento hoy al lado de V.!

Francisco no salía, al decir estas palabras, de los límites de la seducción más vulgar: lo mismo

exactamente había dicho á más de cien mujeres, rubias y morenas, delgadas y gruesas, hermosas y feas; pero Carolina se persuadió al instante de que había inspirado una pasión única y volcánica al Conde: la inocente vió pasar ante los ojos de su imaginación, y sólo en el espacio de algunos segundos, la imagen de todos los dolores que había devorado el Conde durante las horas que llevaba de estar en la aldea: le miró, y creyó verle pálido, demacrado, ojeroso, con los ojos humedecidos y los labios temblorosos: en una palabra, como sucede siempre en tales ocasiones y en esas luchas homicidas del cinismo del hombre con el corazón de la mujer, atribuyó al Conde todos los dolores que ella misma sentía.

Así es que no supo qué responder: sólo alzó una triste mirada sobre el semblante de Francisco, que le pareció más interesante que nunca; éste prosiguió:

—Desde que he visto á V., Carolina, soy otro hombre: yo no me conozco: yo, que he visto con indiferencia las más hermosas mujeres del mundo, no puedo separar la imagen de V. de mi pensamiento: me duermo y la veo; despierto y la busco por todas partes... ¡Ah! ¡por qué no es V. libre!... ¡ó por qué la he hallado en mi camino!

—Señor Conde, observó la joven, deseando decir algo, pues temía aparecer ridícula con su obstinado silencio; señor Conde, yo agradezco en el alma la deferencia que V. me manifiesta... pero,

como ha dicho bien, yo no soy libre... faltó á mi marido con escuchar á V., y...

—¿Y qué importa ese nudo odioso? exclamó el Conde con ímpetu; ¿caso el matrimonio mata al corazón? ¿caso quita al alma sus aspiraciones? No apele V., Carolina, á tan vulgares frases, usted que no es una mujer vulgar; V., cuya alma es tan hermosa y tan elevada, no se refugie tras esa moral ridícula de las feas é insignificantes mujeres de las que nadie hace caso.

El Conde dijo todo esto de un tirón, sin descansar ni tomar aliento: es lo que dicen todos los hombres cuando se encuentran en una situación como la suya; y sin embargo, la pobre Carolina creyó aquellas frases de una elocuencia, de una fuerza de persuasión irresistibles.

Iba á responder sin duda; pero al levantar la vista sobre el Conde, vió á la izquierda del camino la grave y austera figura de su marido.

La joven, aun convencida de que nada había podido oír de lo que le había dicho el Conde, palideció como si fuera á morir, porque su conciencia gritaba acusándola de su infidelidad á Bernardo.

Este esperó tranquilamente á que su mujer y el Conde llegaran á salvar los pocos pasos que los separaban de la margen del campo donde se hallaba en pié y con los brazos cruzados: cuando llegaron junto á él, contuvo por el freno el caballo de su mujer y le dijo esta sola palabra:

—Baja.

—Viene ahí detrás mi padre, murmuró Carolina con voz ahogada y temblorosa.

—¿Y eso qué importa? repuso Bernardo con acento perfectamente tranquilo: baja y me harás compañía: verás qué hermosos están estos campos que son nuestros.

Carolina tuvo que apearse del caballo, sirviéndole de apoyo la ancha y callosa mano de su marido, en la cual ella fijó apenas su diminuto pié.

—Señor, dijo Bernardo mirando al Conde sin fiereza, pero con grave serenidad, no sé quién es usted, ni cómo se llama: tampoco deseo saberlo; pero le advierto que no permitiré á mi mujer otros amigos que los míos: así, y aunque le agradezco que la haya acompañado cuando ella ha querido adelantarse á la demás comitiva, que sin duda está cercana, le suplico que no lo vuelva á hacer: yo, por mi parte, cuidaré de que ella pasee solamente con su marido.

El Conde iba á contestar con gran altivez quizá; pero el fuerte galopar de algunos caballos, que se oyó á su espalda, le hizo volver la cabeza.

Casi al mismo tiempo llegó á su lado Lucrecia, seguida de cerca por el resto de la cabalgata, y apareció por el otro lado del camino Villena, seguido de dos ó tres monteros.

Lucrecia, comprendiendo la situación, fijó una mirada de burla en su primo, y se echó á reír tan

sin miramientos, que la frente de Carolina se encendió de un doloroso rubor. En cuanto al ex-militar, gritó:

—Vamos, niña; después de hacer esperar á estos señores en el palacio, no les hagas también aguardar ahora por hablar con el patán de tu marido.

—El patán de su marido no le permite pasar de aquí; respondió Bernardo sin cambiar de color ni irritarse en lo más mínimo, sin que su voz demostrase alteración ó despecho.

—¡Cómo! exclamó Villena estupefacto; ¡qué estás diciendo! ¿No la dejas que continúe en la cacería?

—No señor, respondió Bernardo.

—¡Pues, amigo, podías darte por muy satisfecho y contento viendo que han contado con ella unas señoras como estas! gritó enfurecido el retirado.

—Mi mujer es sólo la mujer de Bernardo Pérez, que no puede alternar con personas de tanta distinción, y yo le prohibo que éntre en un círculo que ya no es el suyo.

Esto diciendo, tomó Bernardo la helada mano de su esposa y se internó con ella en el campo que sus peones y criados trabajaban cantando con esa alegría que da, en medio de las más penosas ocupaciones, la serenidad de la conciencia.

Francisco, sin dirigir ni siquiera una mirada á la desdichada cuya paz doméstica acababa de comprometer tal vez para siempre, pasó su ca-

ballo al lado del de su prima y dijo en alta voz:

—Eso no vale nada, señores: ¡á la caza! ¡á la batida!

Tomó la mano de su prima, la besó y partió como una flecha, seguido de Lucrecia y de todo el resto de la partida.

Apenas hubieron desaparecido, Bernardo mandó á uno de sus criados que fuese en seguida á casa y trajese enjaezado con silla inglesa el eaballito de paseo de Carolina: y no bien llegó, la ayudó á montar en él y le dijo con grave ternura:

—Vamos á casa: yo iré á pié á tu lado, y así irás más honrada, aunque tu marido parezca tu criado, que al lado de esos caballeros cortesanos y de esas mujeres burlonas que se tienen por tan superiores á tí y que en realidad valen mucho menos.